

el duque de Anjou hizo cortar la cabeza por el valor de los derechos de aduana de los efectos del citado príncipe. Hacia el año 1253 empezaron las proscripciones de las familias trevisinas: una rama de los Bonaparte fué á establecerse á Toscana, en donde se les ve ocupar los altos empleos del Estado. Luis María Fortunato-Bonaparte, perteneciente á la rama establecida en Sarzana, pasó á Córcega en 1612, se fijó en Ajaccio, y fue el jefe de la rama de los Bonaparte de Córcega; tienen escudo de gules con dos barras de oro y dos estrellas.

Hay otra genealogía que Mr. Panckoucke ha colocado al frente de la recopilación de los escritos de Bonaparte; esta difiere en muchos puntos de la que ha presentado Napoleon-Luis. Por otro lado, la señora de Abrantes dice que Napoleon es un Comneno, alegando que el nombre de Bonaparte es la traducción literal del griego *Calomeros*, sobrenombre de Comneno.

Napoleon-Luis termina de este modo su genealogía: «He omitido muchos detalles, porque los títulos de nobleza no son un objeto de curiosidad sino para un corto número de personas, y por otra parte la familia de Bonaparte no sacaría de ello ninguna gloria.»

Quien sirve bien á su país, no ha menester antepasados.

A pesar de esta sentencia filosófica, la genealogía subsiste. Napoleon-Luis tiene á bien hacer á su siglo la concesión de un apotegma democrático, y sin embargo no del todo.

Todo en este asunto es singular. Jacobo Buonaparte, historiador del saqueo de Roma y de la detención del papa Clemente VII por los soldados del condestable de Borbon, es de la misma sangre que Napoleon Bonaparte, destructor de tantas ciudades, dueño de Roma, cambiada en prefectura, rey de Italia, dominador de la corona de los Borbones y carcelero de Pio VII, despues de haber sido consagrado emperador de los iranceses por mano de este pontífice. El traductor de la obra de Jacobo Buonaparte es el Napoleon-Luis Buonaparte, sobrino de Napoleon; é hijo del rey de Holanda, hermano de Napoleon; y este joven acaba de morir en la última insurrección de la Rumania, á poca distancia de las dos ciudades en que la madre y la viuda de Napoleon son desterradas en el momento en que caen por tercera vez los Borbones del trono.

Como era muy difícil hacer de Napoleon el hijo de Júpiter Ammon, por la serpiente amada de Olimpia, ó el pequeño hijo de Venus por Anquises, algunos sabios (1) encontraron otra maravilla de que echar mano, y demostraron á Napoleon que descendía por línea recta del Máscara de Hierro. El gobernador de la isla de Santa Margarita se llamaba *Bonpart*; este tenía una hija: el Máscara de Hierro, hermano gemelo de Luis XIV, se enamoró de la hija de su carcelero, y se casó en secreto con ella con el consentimiento de la corte. Los hijos que nacieron de este matrimonio fueron llevados secretamente á Córcega con el nombre de su madre: los Bonpart se transformaron en Bonaparte por la diferencia del lenguaje. Así es: que el Máscara de Hierro era ni mas ni menos que el misterioso abuelo de Cara de Bronce, del grande hombre, unido de este modo á la familia de un gran rey.

La rama de los Franchini Bonaparte tiene en su escudo tres flores de lis de oro. Napoleon se sonreía con un aire de incredulidad de esta genealogía, pero ello es que se sonreía; esto era siempre un reino reivindicado en provecho de su familia. Afectaba una indiferencia que seguramente no tenía, porque él mismo había hecho descender su genealogía de Tos-

(1) Las Casas.

cana (Bourienne). Precisamente porque la divinidad del nacimiento faltó á Napoleon, es porque es maravilloso este nacimiento: «Veía yo, dice Demóstenes, á ese Filipo contra quien combatíamos por la libertad de la Grecia y la salvación de las repúblicas, con los ojos hundidos, el cuello encorvado, la mano trémula, las piernas desecadas, ofrecer con una inalterable firmeza sus miembros á los golpes de la suerte, satisfecho de vivir por el honor y de hacerse coronar con las palmas de la victoria.»

Filipo era padre de Alejandro; Alejandro era, pues, el hijo de un rey, y de un rey digno de serlo; apoyado en este doble título, quiso hacerse obedecer. Alejandro, nacido sobre el trono, no tuvo, como Bonaparte, que pasar por un camino oscuro para llegar á la luz del poder. Alejandro no ofrece la disparidad de dos destinos; su preceptor es Aristóteles; domar el Bucéfalo (1) era un pasatiempo de su infancia. Napoleon solo cuenta para instruirse con un maestro vulgar; no tiene caballos á su disposición, y es el menos acomodado de sus compañeros de colegio. Este subterfugio de artillería, sin criados, va sin embargo, á obligar á la Europa á que le reconozca; este *petit caporal* mandará desde su palacio á los mas grandes soberanos de la Europa:

«¿No han venido nuestros dos reyes? Que les digan que se hacen esperar demasiado, y que Atila se fastidia.»

Napoleon, que con tanta razón decía: «¡Oh, si yo fuese mi nieto!» no encontró el poder en su familia; le creó él. ¿Qué facultades no supone esta creación! Aunque se quiera suponer que Napoleon no hizo mas que poner en acción la inteligencia social esparcida á su alrededor, inteligencia desarrollada por acontecimientos inauditos y peligros inmensos, no por eso deja de ser menos admirable; con efecto, ¿es por ventura tan fácil el hallar un hombre capaz de dirigir y de apreciar tantas capacidades como le rodeaban?

RAMA DE LOS BONAPARTE DE CÓRCEGA.

Con todo, aunque Napoleon no había nacido príncipe, era, según se decía antiguamente, *hijo de familia*. Mr. de Marbœuf, gobernador de la isla de Córcega, hizo entrar á Napoleon en un colegio que se hallaba cerca de Autun; despues fue admitido en la escuela militar de Brienne. Elisa, Mad. de Bacciocchi, recibió su educación en Saint-Cyr; Bonaparte reclamó su hermana cuando la revolución rompió las puertas de aquellos retiros religiosos. De este modo se presentó esta como la última discípula de una institución en que Luis XIV había oído á las primeras educandas cantar los coros de Racine.

Hicieronse las pruebas de nobleza exigidas para la admisión de Napoleon en la escuela militar: estas contienen la partida de bautismo de Carlos Bonaparte, padre de Napoleon, del cual Carlos se remonta hasta Francisco, décimo ascendiente: despues hay una certificación de los primeros nobles de la ciudad de Ajaccio, que prueba que la familia Bonaparte de Toscana gozaba de los derechos de patricio, y que declara que su origen es el mismo que el de la familia Bonaparte de Córcega, etc., etc.

«Cuando Bonaparte entró en Treviso, dice el conde de Las Casas, dijéronle que su familia había gozado allí de un gran poder; en Bolonia, que había sido inscrita en el libro de oro... En la entre-

(1) Así se llamó el caballo de Alejandro. Esta palabra en griego significa cabeza de buey, este nombre le debió á la semejanza de su cabeza con la de este animal. No se dejaba montar sino por su amo, arrojándose ante él.

vista de Dresde, el emperador Francisco dijo al emperador Napoleon que su familia había reinado en Treviso, y que había hecho reconocer los documentos que lo atestiguan: añadió que era menester participárselo á Maria-Luisa, á quien esto causaría sumo placer.»

Nacido de una familia noble, que tenía alianzas con los Orsini, los Lomelli, los Médicis, Napoleon, obligado por la revolución, no fue demócrata mas que un momento: esto mismo se deduce de sus palabras y de sus escritos: dominado por su categoría, sus inclinaciones eran aristocráticas. No fue, como se ha dicho, Pascal Paoli el padrino de Napoleon, sino el oscuro Laurent Giabega de Calvi; este dato está sacado de la partida de bautismo de Ajaccio, pasada ante el ecónomo Diamante.

Temo comprometer á Napoleon instalándole en su rango entre la aristocracia. Cromwell, en su discurso pronunciado en el parlamento el 12 de setiembre de 1654, declara haber nacido noble; Mirabeau, La Fayette, Desaix y cien otros partidarios de la revolución eran nobles tambien. Los ingleses han querido probar que el nombre del emperador era Nicolás, por lo que lo llamaban por burla *Nic*. El nombre de Napoleon le venia al emperador de uno de sus tios, que casó á su hija con un Ornano. San Napoleon es un mártir griego. Según los comentadores de Dante, el conde Orso era hijo de *Napoleon* de Cerbaja. Nadie en otro tiempo al leer la historia hizo alto en este nombre, que ha sido el de muchos cardenales; hoy ya es otra cosa. La gloria de un hombre no sube, sino baja. El origen del Nilo es únicamente conocido por algunos etíopes; ¿y qué pueblo no conoce su embocadura?

NACIMIENTO E INFANCIA DE NAPOLEON.

Queda, pues, sentado que el verdadero nombre de Bonaparte es Buonaparte: de este modo firmó durante la campaña de Italia y hasta la edad de treinta y tres años. Despues le afrancesó firmando solamente Bonaparte; yo le doy el nombre que se dió él mismo, y el que grabó al pie de su indestructible estatua (1).

¿Bonaparte se rejuveneció de un año con el fin de hacerse francés, esto es, á fin de que su nacimiento no precediese á la época de la reunión de Córcega á la Francia? Esta cuestión se halla tratada concienzudamente por Mr. Eckard, y aconsejo se lea su memoria. De ella resulta que Bonaparte nació el día 5 de febrero de 1768, y no el 15 de agosto de 1769, á pesar de lo que dice Mr. de Buriene. Por esta razón el senador conservador trata á Napoleon de *extranjero*.

El acta de celebracion del matrimonio de Bonaparte con Maria Josefa Rosa Tascher, inscrito en el registro del estado civil de la segunda demarcación de Paris, del 19 ventoso, año iv (9 de marzo de 1796), dice que Napoleon Buonaparte nació en Ajaccio el 5 de febrero de 1768, y que su partida de nacimiento, revisada por el oficial civil, certifica esta fecha. Esta misma fecha está conforme con lo que se dice en el acta de matrimonio, respecto á que el esposo tenía veinte y ocho años de edad.

El acta de nacimiento presentada en la oficina de la segunda demarcación cuando se celebró su casamiento con Josefina, fue retirada por uno de sus ayudantes de campo á principios del año de 1810, cuando se trató de la anulacion del casamiento de Napoleon con Josefina. Mr. Duolos, no atreviéndose á oponer á

(1) El nombre de Buonaparte se escribía algunas veces con la supresion de la *u*: el cura que firmó su partida de bautismo escribió en ella por tres veces Bonaparte, sin emplear la vocal italiana.

la orden imperial, escribió en el mismo momento sobre uno de los documentos del legajo de Bonaparte: «Su partida de nacimiento le ha sido remitida, no pudiendo darle copia de ella en el momento en que la pedía.» La fecha del nacimiento de Josefina se halla variada en el acta de matrimonio, raspada y escrita encima, pero aun se descubren al microscopio las primeras huellas. La emperatriz se quitó cuatro años. Las versiones que sobre este punto se han hecho en el palacio de las Tullerías y en Santa Helena son poco satisfactorias.

El acta de nacimiento de Bonaparte, sustraída por el ayudante de campo en 1810, ha desaparecido, y todas las pesquisas que se han hecho para descubrirla han sido infructuosas.

De todo esto se deduce de una manera indudable, y yo así lo creo, que Napoleon nació en Ajaccio el 5 de febrero de 1768. Sin embargo, no desconozco los inconvenientes históricos que presenta la adopción de esta fecha.

José, hermano mayor de Bonaparte, nació el 5 de enero de 1768; su hermano menor, Napoleon, no puede haber nacido en el mismo año, y por lo tanto la partida de bautismo del primero debe tambien haber sido modificada; esto es tanto mas creible, cuanto que todos los documentos del estado civil de Napoleon han sido tachados de falsos. Y á pesar de justa suposición de fraude, el conde de Beaumont, subprefecto de Calvi, en sus *Observaciones sobre Córcega*, afirma que el registro del estado civil de Ajaccio señala el nacimiento de Napoleon con fecha del 15 de agosto de 1769. En fin, los papeles que me había dejado Mr. Livri atestiguan que el mismo Bonaparte creía haber nacido el 15 de agosto de 1769, en una época en que no tenía razón alguna para desear rejuvenecerse. Pero queda siempre en pie la *fecha oficial* de los documentos de su primer matrimonio y la sustracción de su partida de nacimiento.

De cualquier modo que sea, Napoleon nada ganaría con esta trasposición de vida: si se fija su nacimiento el 15 de agosto de 1769, fuerza es fechar la época de su concepción hácia el 15 de noviembre de 1768: ahora bien; Córcega no se unió á la Francia sino por el tratado de 15 de mayo de 1768: las últimas sumisiones de los Pieves (cantones de Córcega) no se verificaron hasta el 14 de junio de 1769; de modo que, según los cálculos mas indulgentes, Napoleon no podría ser francés sino algunas horas de la noche en el seno de su madre. Es ciudadano de una patria dudosa, y esto lo clasifica aparte de los demás: existencia caída á la casualidad, que puede pertenecer á todos los tiempos y á todos los países.

Sin embargo, Bonaparte se inclina hácia la patria italiana: aborreció á los franceses hasta la época en que su valor le conquistó su imperio. Abundan las pruebas de esta aversión en los escritos de sus primeros años. En unos apuntes que Napoleon escribió sobre el suicidio se lee este pasaje: «Mis compatriotas, cargados de cadenas, abrazan temblando la mano que los oprime... ¡Franceses: no contentos con habernos arrebatado nuestros mas queridos objetos, habeis además corrompido nuestras costumbres!»

Una carta escrita á Paoli, en Inglaterra, en 1780, carta que se ha publicado, empieza de este modo: «General, yo nací cuando perecía la patria. Treinta mil franceses vomitados por nuestras riberas, ahogando el trono de la libertad en olas de sangre, tal fue el odioso espectáculo que se apareció el primero á mis ojos.»

En otra carta dirigida á Mr. Gubica, escribano de los Estados de Córcega, dice así:

«En tanto que la Francia renace, ¿qué será de nosotros, desgraciados hijos de Córcega? Siempre esclavos, ¿continuaremos besando la mano insolente que

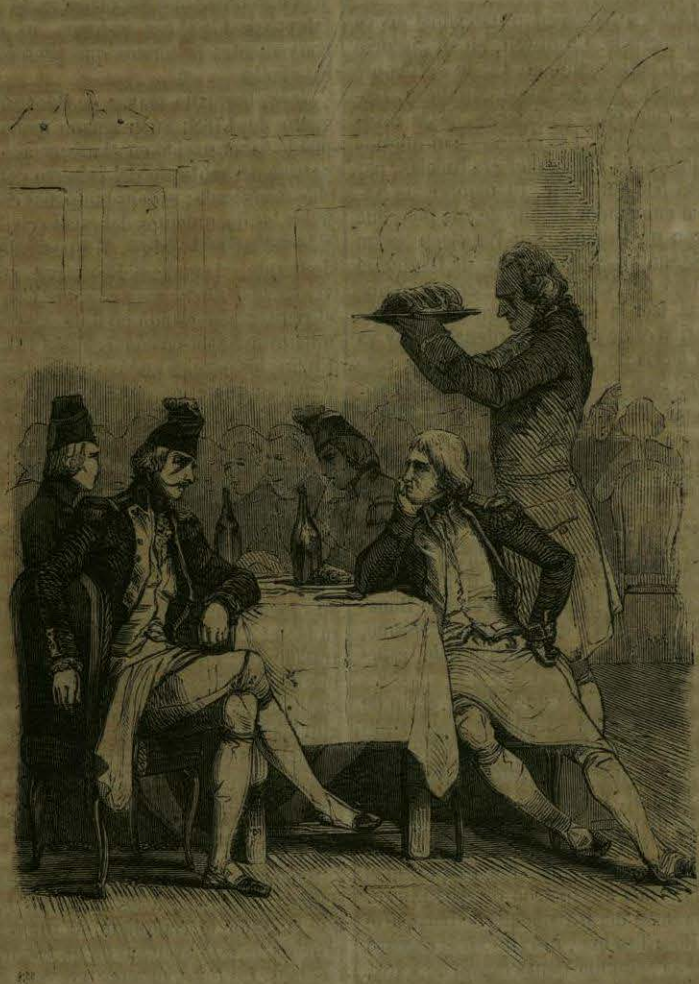
nos oprime? Continúaremos viendo ocupados todos los destinos que de derecho nos pertenecen por extranjeros tan despreciables por sus costumbres y conducta, como por la abyección de su nacimiento?»

Finalmente, el borrador de otra carta de Napoleón, en que habla del reconocimiento de la Asamblea nacional por la Córcega en 1789, principia de este modo:

«Señores: A fuerza de sangre es como llegaron á gobernarnos los franceses; con la sangre quisieron asegurar su conquista. El militar, el magistrado, el

hacendista, todos se reunieron para oprimirnos, para despreciarnos y para hacernos apurar hasta las heces la copa de la ignominia. Demasiado tiempo hemos sufrido sus vejaciones; pero puesto que no hemos tenido el valor suficiente para hacernos libres por nosotros mismos, olvidémoslos; que sufran el desprecio que han merecido, ó al menos que vayan á mendigar en su patria la confianza de los pueblos: nunca podrán obtener la nuestra.»

La animosidad de Napoleón contra la madre patria nunca se borró enteramente. Subido al trono parecía olvidarnos únicamente, y no habló mas que de sí mis-



BONAPARTE EN LA ESCUELA MILITAR.

mo, de su imperio, de sus soldados, y casi nunca de los franceses, solíendosele escapar alguna vez esta frase: «Vosotros, franceses...»

El emperador, en su manuscrito de Santa Elena, dice que su madre, sorprendida por los dolores de parto, le dejó caer sobre una alfombra llena de grandes ramos, que representaba los héroes de la Iliada: no sería menos de lo que fue aunque hubiese caído sobre un rastrojo.

He hablado de papeles que han sido encontrados; y cuando yo fui embajador en Roma, en 1828, el cardenal Fesch, enseñándome sus cuadros y sus libros, me dijo tenía algunos manuscritos de Napoleón en su

juventud; les daba tan poca importancia, que no tuvo el menor inconveniente en dejármelos ver; dejó á Roma, y no tuve tiempo para compulsar estos documentos. A la muerte de *madame Mere* y del cardenal Fesch se extraviaron algunos objetos pertenecientes á la sucesión: el legajo que contenía los *Ensayos* de Napoleón fue llevado á Lyon con otros muchos, y fue á parar á manos de Mr. Livri. Este insertó en la *Revista de ambos mundos* del 1.º de marzo del presente año 1842 una nota detallada de los papeles del cardenal Fesch. Después tuvo la bondad de enviarme el legajo, del que me aprovecho para aumentar la parte de mis *Memorias* que trata de Napoleón, reservándome

el presentar mas minuciosos detalles para los hechos dudosos y para las objeciones que puedan hacerse.

LA CÓRCEGA DE BONAPARTE.

Benson, en su *Bosquejo de la Córcega* (*Sketches of Corsica*), habla de la casa de campo que habitaba la familia de Bonaparte. «Siguiendo la ribera del mar de Ajaccio hácia la Sanguiniere, á distancia de una milla de la ciudad, se ven dos pilares de piedra, restos de una puerta que se abría sobre el camino: esta puerta conducía á una casa de campo arruinada, que fue en otro tiempo habitación del hermano uterino de ma-

dama Bonaparte, y á quien Napoleón hizo cardenal de Fesch. Los restos de un pequeño pabellon se hallan aun visibles al pié de una roca; su entrada se halla casi obstruida por una espesa higuera: este era el sitio en que Napoleón tenía costumbre de pasar las vacaciones que le daban en la escuela para ir á ver á su familia.»

El amor al país natal siguió en Napoleón su curso acostumbrado. Bonaparte, en 1788, escribía, á propósito de Mr. de Sussy, que *Córcega ofrecía una primavera continua*: cuando fue feliz ya no se acordó de su isla, y aun le cobró antipatía, porque le recordaba una cuna demasiado mezquina. Pero en Santa Elena volvióse á presentar la patria en su memoria.



BONAPARTE EN TOLON.

«Córcega tenía mil encantos para Napoleón (1); hacia una minuciosa descripción de todas sus bellezas y de los magestuosos perfiles de su estructura física. Todas las casas eran allí mejores; hasta el olor de la tierra misma: este olor le habria bastado para reconocerla con los ojos vendados, pues no lo habia sentido en parte alguna. Veíase en ella con el pensamiento durante sus primeros años y sus primeros amores, transponiendo las cimas de las montañas y cruzando los valles profundos.»

Napoleón encontró la novela en su cuna: esta novela empieza en Vanina, muerta por Sampietro, su

(1) *Memorial de Santa Elena.*

marido. El baron de *Neuhof* ó el rey Teodoro se habia presentado en todas las riberas pidiendo socorros á Inglaterra, al papa, al gran turco, al bey de Túnez, después de haberse hecho coronar como el rey de Córcega, que no sabia á quién entregarse. Voltaire se ríe de todo esto. Los dos Paoli, Jacinto, y sobre todo Pascual, habian llenado la Europa con el ruido de su nombre. Buttafuoco rogó á J. J. Rousseau que fuese el legislador de Córcega; el filósofo de Ginebra pensaba establecerse en la patria del que, desordenando los Alpes, llevó á Ginebra bajo su brazo. «Hay aun en Europa, escribía Rousseau, un país capaz de buena legislación; este país es la isla de Córcega. El valor y la constancia con que este pueblo valiente ha sabido

recobrar y defender su libertad, merece que un hombre sabio le enseñe á conservarla. Tengo el presentimiento de que algún día esta pequeña isla ha de asombrar á Europa.»

Criado en el centro de Córcega, Napoleón fue educado en esa escuela primaria de las revoluciones; él no presentó al principio ni la tranquilidad ni las pasiones fuertes de la primera edad, sino un espíritu ya impregnado de las pasiones políticas. Esto cambia la idea que se ha formado de Napoleón.

Cuando un hombre ha llegado á hacerse célebre, siempre se le buscan antecedentes notables; los niños predestinados, según los biógrafos, son impetuosos, enredadores, indomables; lo aprenden todo con una facilidad suma, ó no aprenden nada; otras veces son niños melancólicos que no toman parte en los juegos de sus compañeros, que se aíslan, y que se ven ya abrumados bajo el peso de su fama futura. Un entusiasta de Napoleón ha desenterrado las cartas (muy vulgares por cierto) de Napoleón á su familia, y reproduce sus pueriles necedades; vanos son los pronósticos que se hacen sobre nuestro porvenir: todos somos hijos de las circunstancias: que un niño sea alegre ó melancólico, callado ó parlanchín, que presente ó que no presente aptitud para el trabajo, no por eso se puede profetizar de él. Fijáos en un estudiante de diez y seis años; por inteligente que le halles, aquel hijo pródigo será tal vez un imbécil. El niño carece de la mejor de sus gracias, de la sonrisa: él ríe, pero no sonríe.

Napoleón era, pues, un muchacho ni más ni menos que los demás. «Yo no era», dice él mismo, mas que un niño terco y curioso.» Gustaba mucho de los renunculos, y comía cerezas con Mlle. Colombier. Cuando dejó la casa paterna no sabía más que el italiano; su ignorancia del idioma de Turena era casi completa. Como el mariscal de Sajonia, alemán, Bonaparte, italiano, no escribía una sola palabra con ortografía: Enrique IV, Luis XIV y el mariscal Richelieu, menos excusables aun, no eran más correctos que él en este punto. Sin duda para ocultar la negligencia, de su educación Bonaparte escribía de una manera indescifrable. Habiendo salido de Córcega á la edad de nueve años, no volvió á su isla hasta ocho años después. En la escuela de Brienne nada presentó de extraordinario, ni en su estudio ni en su exterior. Sus compañeros de colegio se chanceaban con él sobre su nombre y sobre su país, y él decía á su camarada de Bourienne:—«Haré á los franceses todo el daño que pueda.» En un estado presentado al rey en 1784, Mr. de Kevalio dice que el joven Bonaparte sería un marino excelente: la frase es un tanto sospechosa, porque este estado no se halló sino después que Napoleón revistaba la flotilla de Bolonia.

Bonaparte salió de Brienne el 14 de octubre de 1784, y pasó á la escuela militar de París. La lista civil pagaba su pensión, y él se avergonzaba de ser un colegial de plaza. Esta pensión le fue después conservada, como consta por un recibo hallado en el legajo de monsieur Fesch, que pasó á manos de Livri:

«Yo, el abajo firmado, reconozco haber recibido de Mr. Biercourt la cantidad de doscientas libras, procedentes de la pensión que el rey me ha concedido sobre los fondos de la escuela militar en calidad de antiguo cadete de la escuela de París.»

Mlle. Fermont-Comnene (Mad. de Abrantes), residente primero en Montpellier en casa de su madre, después en Tolosa, y luego en París, no perdía de vista á su compatriota Bonaparte: «Cuando paso ahora por el muelle de Conti, dice esta, no puedo menos de alzar la vista hácia la buhardilla que está en el ángulo izquierdo de la casa en el piso tercero: allí era donde habitaba Napoleón siempre que venía á ver á mi familia.»

Bonaparte no era muy apreciado en el nuevo Prytáneo: (1) negligente y grunon, no se hacía querer de sus maestros; todo le parecía mal. Dirigió una memoria al subdirector sobre los vicios de la educación que se daba en aquella escuela: «¿No valdría más, dice, enseñarlos (á los discípulos) á que no necesitaran de nadie? Excepto las cosas de cocina, deberían hacerse por sí todo lo demás; deberían acosar, umbrarlos á comer pan de munición, ó uno que se le asemejase, á sacudir y cepillar su ropa, á limpiarse los zapatos ó las botas.» Esto lo puso como ordenanzas algún tiempo después en Fontainebleau y en Saint-Germain.

El descontentado alumno libró por fin á la escuela de su presencia, y fue nombrado teniente de artillería en el regimiento de La Fere.

La carrera literaria de Napoleón se halla comprendida entre los años 1784 y 1793, corta en cuanto al tiempo y larga por sus trabajos. Errante con los cuerpos de artillería de que formaba parte, por la Ausonia, por Dole, Seures y Lyon, Bonaparte no perdía de vista los sitios en que había disensiones, como el ave engañada por los cristales que le representan el agua, ó atraída por el reclamo. Atento á las cuestiones académicas respondía á ellas; dirigiese con desenfado á las personas notables por su posición, que no conocía; pretendía igualarse con todas ellas antes de llegar á mandarlas.

Tan pronto hablaba bajo un nombre supuesto, como firmaba con el suyo, que seguramente no hacía traición al anónimo. Escribía al abate Rainald, á Mr. Necker; enviaba á los ministros memorias sobre la organización de Córcega, sobre los proyectos de defensa de Saint-Florent, de La-Mortella, del golfo de Ajaccio; sobre el modo de disponer las piezas para arrojar bombas. No se le hacía más caso que á Mirabeau cuando redactaba en Berlín los proyectos relativos á Prusia y Holanda. Estudiaba la geografía, y se ha notado que cuando habla de Santa Elena la señala únicamente con estas dos palabras: *pequeña isla*. Ocupábase de la China, de la India, de la Arabia: estudiaba los historiadores, los filósofos, los economistas, Herodoto, Strabon, Diodoro de Sicilia; Filangieri, Mably, Smith; impugnaba las opiniones sobre el origen y fundamento de la igualdad del hombre, y decía:—«Yo no creo en ella, no creo nada de eso.» Luciano Bonaparte refiere que él sacó dos copias de una historia redactada por Napoleón. El manuscrito de esta le he hallado en parte en el legajo del cardenal Fesch: los datos nada tienen de notables: el estilo es vulgar, y el episodio de Vanina se ve reproducido en ella sin venir á cuento. El dicho de Sampietro á los grandes señores de la corte de Enrique II, después del asesinato de Vanina, vale más que toda la narración de Bonaparte:—«¿Qué importa al rey de Francia las disensiones de Sampietro con su esposa?»

Bonaparte no tenía al principio de su carrera el menor presentimiento de su porvenir: tenía únicamente su vista fija en la escala, en la que desde un escalon solo veía el otro; pero si no deseaba subir, tampoco quería atrasar: puesto una vez el pie en un sitio, no había poder humano que lo apartase de él para retroceder. En el legajo de Fesch se encuentran tres cuadernos manuscritos que tratan de la Sorbona y de las libertades galicanas: vense en ellos correspondencias con Paoli, Salicetti, y sobre todo con el P. Dupuy de los mínimos, subdirector de la escuela de Brienne: hombre sensato y religioso, que daba

(1) Así se llamaba una gran plaza de Atenas en el centro de la ciudad. Hallábase rodeada de edificios de utilidad pública, y en ella ejercían sus funciones los magistrados llamados prytáneos. En esta plaza se daban también comidas públicas á los ciudadanos que, por sus méritos, mantenían el Estado. Sin duda el autor hace esta alusión á Bonaparte que tenía plaza de gracia.

excelentes consejos á su joven discípulo, y que llama á Napoleón su querido amigo.

Bonaparte unía á estos estudios ingratos, algunas páginas de imaginación, y habla de las mujeres: escribe *El Máscara profeta*, la *Novela Corsa* y una novela inglesa, *El conde de Essex*; vense allí diálogos sobre el amor, que trata siempre con mucho desprecio, y sin embargo, escribe un borrador de una carta apasionadísima, dirigida á una amante desconocida: hace poco caso de la gloria, y pone siempre en primer término el amor á la patria: es de notar que esta patria era Córcega.

Todo el mundo ha podido ver en Génova un pedido hecho á un librero: el novelesco teniente pedía *Las Memorias de Mad. de Warens*. Napoleón fue también poeta como César y Federico: daba la preferencia á Ariosto sobre Tasso, porque veía en él los retratos de sus capitanes futuros, y un caballo enjaneado para su viaje á los astros. Atribúyese á Bonaparte el siguiente madrigal, dedicado á Mad. Saint-Huberty en el papel de Dido: el pensamiento podrá ser del emperador, pero la forma es de una mano más diestra que la suya:

Romains qui vous vantez d'une illustre origine,
Voyez d'ou dependait votre empire naissant!
Didon n'a pas d'attrait, assez puissant
Pour retarder la fuite ou son amant s'obstine.
Mais si l'autre Didon, ornement de ces lieux
Eut été reine de Cartage
El eut pour la servir, abandonne ses dieux:
Et votre beau pays, serait encor sauvage.

«¡Romanos que os vanagloriais de un origen ilustre; ved de lo que dependió vuestro imperio naciente! Dido no tuvo bastante poder con su belleza para detener la fuga de su obstinado amante. Pero si la otra Dido, ornamento de este sitio, hubiera sido reina de Cartago, hubiera él, por complacerla, abandonado á sus dioses, y vuestro hermoso país sería aun un país salvaje.»

Por este tiempo Bonaparte da motivo á creer que había intentado suicidarse. Una infinidad de barbilampiños se ven asediados de este mismo pensamiento, que creen ser la prueba de su superioridad. Entre los papeles de Mr. Livri se halla esta nota manuscrita: «Siempre solo en medio de los hombres, entro dentro de mí mismo para soñar y para entregarme á toda la fuerza de mi melancolía. ¿Hacia qué lado se dirige hoy? Hacia el lado de la muerte... Si tuviese sesenta años, respetaría las preocupaciones de mis contemporáneos, y esperaría pacientemente á que la naturaleza hubiese terminado su carrera; pero puesto que empiezo á experimentar desgracias; puesto que en nada hallo placer, ¿por qué he de prolongar una vida en que nada me sonríe?»

Estos son los obligados de todas las novelas. El pensamiento y los giros de las ideas se hallan en Rousseau, cuyo tetro había alterado Napoleón con algunas frases de su estilo.

Veamos ahora un ensayo de otro género (1) que trascrito al pie de la letra: la educación y la sangre no deben hacer á los príncipes demasiado orgullosos para dar audiencia: acuérdomo cuando con tanto afan hacían antesalas á un hombre que les despedía á su antojo del palacio de los reyes.

El estilo del joven Napoleón es declamatorio; no hay en él nada digno de notarse, sino la actividad de un vigoroso gastador que desembaraza el camino. La inspección de estos trabajos precoces trae á mi memoria mis desordenados manuscritos juveniles, mis *Ensayos históricos*, mi borrador de los *Natchez*, que

(1) Refiérese el autor á un pasaje escrito por el joven Bonaparte, de cuyos barbarismos y faltas de ortografía no es bueños dar una idea en nuestro idioma.

tenía cuatro mil páginas en folio cosidas con bramante; pero yo no ensuciaba las márgenes con casitas, con dibujos de niños, con mamarrachos de estudiante, como se ve en los borradores de Bonaparte: entre mis juguetes de niño no me rodeaba una esfera de piedra, que pudiera haber sido el modelo de una bala de estudio.

En todo esto se descubre un prólogo á la vida de Napoleón; un Bonaparte desconocido precede al formidable Napoleón; el pensamiento de Bonaparte pesaba sobre el mundo antes que su persona; este pensamiento agitaba sordamente la tierra: en 1789, en el momento en que aparecía Bonaparte, experimentábase una cosa terrible, una inquietud de que nadie podía darse cuenta. Cuando el mundo se halla amenazado de una gran catástrofe, se anuncia esta por conmociones latentes; se tiene como miedo; oyense ruidos extraños durante la noche, permaneciendo largo rato con los ojos fijos en el cielo, sin comprender lo que siente ni lo que va á suceder.

PAOLI.

Había sido llamado Paoli de Inglaterra á petición de Mirabeau el año de 1789. Fue presentado á Luis XVI por el marqués de Lafayette, nombrado teniente general y comandante militar de Córcega. Siguió Bonaparte al desterrado que lo había protegido, y con él que se hallaba en correspondencia? Así se cree. No tardó mucho en desavenirse con Paoli: los crímenes de nuestras primeras turbulencias desagradaron al antiguo general, quien entregó Córcega á los ingleses por librarse de la Convención. Bonaparte se había hecho miembro de un club de jacobinos en Ajaccio: establecióse otro club en sentido opuesto, y Bonaparte tuvo que huir. Mad. Letizia y sus hijas se refugiaron en la colonia griega de Carghese, desde donde pasaron á Marsella. José se casó en esta ciudad el 1.º de agosto de 1794 con Mlle. Clary, hija de un rico negociante. En 1792 el ministro de la Guerra, el ignorado Lajar, destituyó por algún tiempo á Napoleón de su empleo por no haber asistido á una revista.

En este mismo año de 1792 vuélvese á ver á Napoleón en París en compañía de Burienne. Falto de recursos, se dedicó á la industria, trataba de alquilar unas casas que se estaban construyendo en la calle de Montholon, con el designio de subarrendarlas después. Entre tanto la revolución seguía su curso, y llegó el 20 de junio: saliendo aquel día Bonaparte acompañado de Burienne de una fonda de la calle de Saint-Honoré, cerca del Palais-Royal, vió venir cinco ó seis mil andrajosos que daban gritos y marchaban contra las Tullerías, al verlos pasar dijo á Burienne:—«Sigamos á esos desharapados,» y fue á colocarse sobre el tertraplen á la orilla del agua. Cuando el rey, cuyo palacio fue asaltado, apareció en una de las ventanas, adornado con el gorro encarnado, Bonaparte exclamó lleno de indignación:—«¿Qué c...! ¿Cómo han dejado entrar á esa canalla? Debieran haber barrido con un cañon cuatrocientos ó quinientos, y los demás hubieran huido.»

El 20 de junio de 1792 me hallaba yo bien cerca de Bonaparte: ya he dicho anteriormente que me estaba paseando en Montmorency, mientras que la Barrere y Maret buscaban conmigo la soledad, aunque por distintos motivos. Fue por este tiempo cuando Bonaparte se vió obligado á vender y negociar los pequeños créditos, llamados *Corcet*? Después de la muerte de un almacenista de vinos de la calle de Saint-Avoye, en un inventario hecho por Deunay, escribano, y Chariot, tasador perito, Bonaparte figura en la citación para una deuda de alquileres, que ascendía á veinte francos, y que no pudo pagar: esta miseria aumenta su esplendor. Napoleón ha dicho en Santa Elena: «Al ruido del asalto de las Tullerías en el 4

de agosto, corrí al Carrousel, á casa de Fauvelet, hermano de Burienne, que tenia en aquel punto un magnífico almacén de muebles.» El hermano de Burienne tenia una especulación, que él llamaba *almoheda nacional*. Bonaparte empuñó allí su reloj: ejemplo perjudicial. ¡Cuántos pobres estudiantes se crearon Napoleones por haber hecho lo mismo!

LAS DOS SÁTIRAS.

Bonaparte volvió al Mediodía de la Francia el día 2 de enero del año II, y llegó allí antes del sitio de Tolon. Ocupábase en escribir dos sátiras: la primera es una carta dirigida á Mateo Buttafuoco; trátale de un modo indigno, y acusa al mismo tiempo á Paoli como de un crimen de haber entregado el poder en manos del pueblo:—«¡Aberración singular, exclama, que somete un hombre brutal á un mercenario, al que por su educación, por su rango, por su fortuna, ha sido formado expresamente para gobernar!»

Aunque revolucionario, Bonaparte se muestra siempre enemigo declarado del pueblo; sin embargo, fue cumplimentado por Masseria, presidente del club patriótico de Ajaccio.

El 29 de julio de 1793 hizo imprimir otra sátira titulada *La Cena de Beaucaire*. Burienne reproduce un manuscrito de ella, revisado por Napoleon, pero compendiado y puesto mas en armonía con las opiniones del emperador en el momento en que corrigió su obra. Este se reduce á un diálogo entre un marsellés, un vecino de Nimes y un fabricante de Montpellier. Trátase de la cuestión del momento: del ataque de Aviñon por el ejército de Carteaux, en el que Napoleon habia figurado como oficial de artillería. Dice al marsellés que su partido seria derrotado, porque habia dejado de seguir á la revolución. El marsellés responde al militar; esto es, á Bonaparte:—«Aun se acuerda todo el mundo del monstruo, que era sin embargo uno de los principales del club: hizo asesinar á un ciudadano, saqueó su casa y violó á su mujer despues de haberla hecho beber un vaso de la sangre de su esposo.—¡Qué horror! exclama el militar: ¿pero será verdad? Mucho me temo que no, pues bien sabéis que hoy día no se cree en la violación.» Ligeza del último siglo que fructificaba en el helado temperamento de Bonaparte. Esta acusación de haber bebido y de haber hecho beber sangre ha sido reproducida muchas veces. Cuando el duque de Montmorency fue decapitado en Tolosa, los militares bebieron de su sangre para que se les comunicase la virtud de un corazón grande.

DESPACHO DE CAPITAN.

Llegamos ya al sitio de Tolon. Aquí empieza la carrera militar de Bonaparte. El legajo del cardenal Fesch nos suministra un documento muy singular, relativo al grado que ocupaba entonces Napoleon en artillería. Consiste este documento en un despacho de capitán de artillería concedido á Bonaparte por Luis XVI en 30 de agosto de 1792, veinte dias despues de su destrenamiento, que fue el día 10. El rey habia sido encerrado en el Temple el 13, dos dias despues del asesinato de los suizos. En este despacho se dice que el nombramiento del 30 de agosto de 1792 se considerará como expedido el 16 de febrero pasado.

Los desgraciados son muchas veces profetas; pero esta vez la prevision del mártir no entraba por nada en la futura gloria de Napoleon. Existen aun en las oficinas del ministerio de la guerra despachos en blanco firmados por Luis XVI, y que no les falta otra cosa que llenar los huecos, y uno de estos será el que hemos citado. Luis XVI, encerrado en el Temple en la víspera de su proceso, rodeado de su familia cauti-

va, tenia otras cosas de mas entidad en que ocuparse que de los adelantos de un desconocido.

La época del despacho se fija por la firma del ministro; esta firma era SERVAN. Servan, nombrado ministro de la guerra el 8 de mayo de 1792, fue destituido el 13 de junio del mismo año; Dumouriez obtuvo la cartera hasta el 18; Lajard ocupó á su vez este ministerio hasta el 23 de julio; Dabancourt sucedió á este, y estuvo en su empleo hasta el 10 de agosto, día en que la Asamblea nacional volvió á llamar á Servan, quien presentó su dimisión el 3 de octubre. En aquella época eran tan difíciles de contar nuestros ministerios como lo fueron despues nuestras victorias.

El despacho de Napoleon no puede ser dado por el primer ministerio Servan, puesto que el documento tiene la fecha del 30 de agosto de 1792; debe ser de su segundo llamamiento al ministerio; sin embargo, existe una carta de Lajard del 12 de julio dirigida al capitán de artillería Bonaparte. Explique esto quien lo entienda. ¿Alcanzó Bonaparte este despacho sobornando á algun escribiente, por el desórden en que entonces se hallaba todo, ó por la fraternidad revolucionaria? ¿Qué protector se interesaba en los adelantos de aquel corso? Dios. La Francia, bajo la divina impulsión, extendió por sí misma este documento al primer capitán del mundo; este documento se hizo legal sin la firma de Luis, que entregó su cabeza á condicion de que seria reemplazada por la de Bonaparte; arreglos de la Providencia ante los cuales no podemos hacer otra cosa que levantar las manos al cielo.

TOLON.

Habia Tolon reconocido á Luis XVII y abierto su puerto á las flotas inglesas. Carteaux por un lado y el general Lapoype por otro, requeridos por los representantes Freron, Barras, Ricord y Salicetti, se acercaron á Tolon. Bonaparte, que acababa de servir á las órdenes de Carteaux en Aviñon, llamado al consejo de guerra, sostuvo que era preciso apoderarse del fuerte de *Burgrave*, construido por los ingleses sobre la altura del *Caire*, y colocar baterías sobre los dos promontorios, la Eguillette y Balaguier, que, fogueando la grande y la pequeña rada, obligaran á los enemigos á abandonarlo. Todo sucedió como habia previsto Napoleon: ya entonces principia á entrever su porvenir.

Mad. Burienne ha insertado algunas notas en las memorias de su marido: una de ellas presenta á Bonaparte delante de Tolon.

«Adverti, dice, en esta época (1795, en París) que su carácter era frio y muchas veces sombrío; que su sonrisa era falsa y aun estemporánea; y á propósito de esta observación, me acuerdo que en esta misma época, pocos dias despues de nuestra vuelta, tuvo uno de esos momentos de hilaridad feroz, que me hizo daño y que me empezó á disgustar de él. Nos refirió con mucha gracia que hallándose delante de Tolon, donde mandaba la artillería, un oficial de su arma, que se hallaba bajo sus órdenes, fue visitado por su esposa, que lo era hacia muy poco tiempo, y á la que amaba en extremo. Pocos dias despues Bonaparte recibió una orden para atacar de nuevo la ciudad, y el oficial tuvo que ocupar su puesto. Su esposa se presentó á Bonaparte pidiéndole con las lágrimas en los ojos que le dispensase por aquel día del servicio. El general fue insensible, como nos dijo él mismo con una gracia encantadora y feroz. Llegó el momento del ataque, y este oficial, que siempre habia mostrado un valor extraordinario, según decia el mismo Bonaparte, tuvo el presentimiento de su último fin; se puso pálido y tembló; fue colocado al lado del general, y en un momento en que el fuego de la ciudad se hizo muy vivo, le dijo Bonaparte:—¡Cuidado, hé hai

una bomba que viene sobre nosotros! El oficial, añadió, en lugar de prevenirse, se encorvó, y fue separrado en dos mitades. Y Bonaparte daba estrepitosas careajadas al citarnos aquella espantosa escena.»

Tomada Tolon, se alzaron los patíbulos: reuniéronse ochocientas víctimas en el campo de Marte, que fueron metralladas. Los encargados de aquella ejecución se adelantaron gritando:—«¡Levántense los que no hayan muerto; la república les perdona la vida;» y los heridos que se levantaron fueron muertos tambien. Esta escena era tan interesante, que se reprodujo en Lyon despues del sitio.

Que dis-je? aux premiers coups du foudroyant orage
Quelque coupable encor peut-etre est échappé:
Annonce le pardon, et, par l'espoir trompé,
Si quelque malheureux en tremblant se relève,
Que la foudre redouble et que le fer achève.

(L. ABBE DELILLE.)

«¿Qué digo? Tal vez algun culpable ha escapado á los primeros golpes de aquella destructora tempestad: si engañado por la voz del perdon algun desgraciado se levanta temblando, el fuego redobla ó el hierro acaba su vida.»

(EL ABATE DELILLE.)

¿Mandaba Bonaparte en persona aquella ejecución, en calidad de jefe de artillería? Seguramente la humanidad no le hubiera detenido, aunque no era cruel por inclinación.

Se ha encontrado la carta siguiente, dirigida á los comisarios de la Convención: «Ciudadanos representantes: desde el campo de la gloria, marchando sobre la sangre de los traidores, os participo con placer que vuestras órdenes se hallan cumplidas, y que la Francia se halla vengada; no se ha atendido ni á la edad ni al sexo. Los que solo fueron heridos por el cañon republicano, concluyeron su existencia bajo la espada de la libertad y bajo la bayoneta de la igualdad. —BRUTO BONAPARTE, ciudadano *sans-culotte*.»

Esta carta se publicó por la vez primera, según creo, en *La Semana*, periódico que dirigia Malte-Brun. La vizcondesa de Tors (pseudónimo) la publica en sus *Memorias sobre la revolución francesa*; dice además que esta carta fue escrita sobre la caja de un tambor; Fabry la reproduce en el artículo *Bonaparte*, en la *Biografía de los hombres vivos*; Royon, en su *Historia de Francia*, dice que no se sabe de qué boca salia el grito destructor; Fabry, á quien ya hemos citado, refiere en los *Misioneros de 93*, que unos atribuyen este grito á Freron y otros á Bonaparte. Las ejecuciones del Campo de Marte de Tolon se hallan detalladas en una carta de Freron dirigida á Moisés Bayle, de la Convención, y en las comunicaciones de Mottedo y Barras al comité de salvación pública.

¿A quién, pues, se debe definitivamente el primer boletín de las victorias de Napoleon? ¿Será al mismo Napoleon ó á su hermano? Luciano, abjurando de sus errores, confiesa en sus *Memorias* que fue al principio acérrimo partidario de la república. Colocado al frente del comité revolucionario de Saint-Maximin, en Provenza: «Nosotros, dice, no vamos en zaga en palabras y mensajes á los jacobinos de París. Como era moda en aquella época el tomar nombres de la antigüedad, un ex-monge tomó, á lo que creo, el de Epaminondas, y yo el de Bruto. En un folleto se ha dicho que este nombre era el que habia tomado Napoleon, siendo el mío. Napoleon creia elevar por sí solo su nombre á mayor altura que los de la antigua historia, y aun que hubiese querido seguir la moda, seguramente no hubiera elegido el de Bruto.»

Demuestra mucho valor por cierto esta confesión. Bonaparte, en el *Memorial de Santa Elena*, guarda un profundo silencio sobre esta parte de su vida. Este

silencio, según la señora duquesa de Abrantes, se explica por lo escabroso de su posición. «Bonaparte se habia puesto mas en evidencia que Luciano, y aunque despues ha procurado en muchas ocasiones colocar á Luciano en lugar suyo, no podia entonces haber equivocación. Sin duda diria:—El *Memorial de Santa Elena* será leído por mas de cien mil personas, entre las que apenas habrá mil que tengan noticias de los hechos que no me favorecen. Estas mil personas conservarán la memoria de estos hechos de una manera que me inquietará muy poco; de modo que el *Memorial* será irrefutable.»

De todo esto resulta que estamos en duda sobre la carta que Luciano ó que Napoleon ha firmado. Pero ¿cómo Luciano, no siendo representante de la Convención, se ha abrogado el derecho de dar cuenta de aquellos asesinatos? ¿Era por ventura diputado de Saint-Maximin para asistir á aquella carnicería? Entonces, ¿cómo se ha atrevido á hacer caer sobre sí la responsabilidad de un proceso verbal, cuando habia alguna persona *mas importante* que él á los ojos del anfiteatro y de los testigos de la ejecución llevada á cabo por su hermano? Trabajo costaria el dirigir la vista á un punto tan bajo despues de haberlo dirigido á otro tan elevado.

Pero admitamos que Luciano, presidente del comité de Saint-Maximin, sea el historiador de las hazañas de Napoleon: siempre resultará que uno de los primeros cañonazos de Bonaparte fue dirigido contra los franceses; que fue segunda vez llamado á verter su sangre el 13 vendimiario, y que enrojeció nuevamente sus manos á la muerte del duque de Enghien. De modo que las primeras víctimas de la Francia levantaron á Napoleon; la segunda hecatombe le elevó al rango que le hizo dueño de Italia, y la tercera le facilitó la entrada en el imperio.

Napoleon se engrandecia con nuestra carne; quebrantó nuestros huesos, y se alimentó con la médula de los leones. Es una cosa triste, pero que no puede desconocerse, á menos que no se cierren los ojos ante los misterios de la naturaleza humana y el carácter de los tiempos, que una parte del poder de Napoleon dependa de haberse ensangrentado durante el terror. La revolución sirve con gusto á los que han intervenido en sus crímenes; un origen inocente es un obstáculo para su protección.

Robespierre el joven habia cobrado mucho cariño á Napoleon, y deseaba darle el mando de París en lugar de Henriot. La familia de Napoleon se habia establecido en la casa de campo de Salli, cerca de Antibes. «Habia ido yo allí, dice Luciano, á pasar algunos dias con mi familia y con mi hermano. Estábamos todos reunidos, y el general nos acompañaba todo el tiempo de que podia disponer. Entró un día mas preocupado que de costumbre, y paseándose entre José y yo, nos anunció que de él únicamente dependia el marchar á París desde el día siguiente y ponerse en posición de podernos colocar ventajosamente. Por mi parte me agradaba infinito esta noticia: llegar por fin á la capital se me figuraba una felicidad que nada podia compensar.—«Me ofrecen, nos dijo Napoleon, la plaza de Henriot, y debo dar esta noche la respuesta, ¿que os parece?» Quedamos en silencio un momento, y el general continuó:—«¡Oh, la cosa vale la pena de que se piense en ella! Es menester no hacerse ilusiones; no es tan fácil salvar la cabeza en París como en Saint-Maximin.—Robespierre el joven es un hombre honrado; pero su hermano no aguanta chanzas, y es preciso tratar de servirle.—¡Yo sostener á ese hombre! ¡Nunca! Bien conozco lo útil que le seria reemplazando á su imbécil comandante de París; pero eso es precisamente lo que yo no quiero. Aun no es tiempo. Hoy día no hay lugar honroso para mí sino en el ejército. Tened un poco de paciencia, y mas tarde mandaré en París.» Tales fueron las palabras de Napoleon. En

seguida nos dió á conocer su indignacion contra el régimen del terror, anunciándonos su próxima caída, y concluyó repitiendo muchas veces, con un acento medio sombrío y medio risueño:—¿Qué iría yo á hacer en aquel presidio?

Después del sitio de Tolon, Bonaparte se halló en los movimientos militares de nuestro ejército de los Alpes. Recibió orden de marchar á Génova, y se le enviaron instrucciones secretas para que se informase del estado de la fortaleza de Savona, y para que recogiese datos sobre las intenciones del gobierno genovés, relativamente á la coalicion. Estas instrucciones, fechadas en Loacio el 23 mesidor, año II de la república, están firmadas por Ricord.

Bonaparte cumplió su mision. Llegó el 9 termidor, y los diputados terroristas fueron reemplazados por Albitte, Salicetti y Laporte. Estos declararon entonces, á nombre del pueblo francés, que el general Bonaparte, comandante de la artillería del ejército de Italia, habia perdido enteramente su confianza por su conducta sospechosa y por el viaje que habia últimamente hecho á Génova.

Una orden de arresto dada en Barcelonette el 9 termidor, año II de la república francesa, una, indivisible y democrática, dice: «Que el general Bonaparte será arrestado y llevado ante el comité de salvacion pública de París, con una buena y segura escolta.» Salicetti examinó los papeles de Bonaparte, respondiendo á los que se interesaban por el detenido que era menester obrar con energia y con arreglo á una acusacion de espionaje recibida de Niza y de Córcega. Esta acusacion era el resultado de las instrucciones secretas dadas por Ricord; fue muy fácil dar á entender que Napoleon habia servido á los extranjeros en vez de servir á la Francia. El emperador abusó mucho de las acusaciones de espionaje, y debiera haber recordado los peligros á que le expusieron estas acusaciones.

Napoleon, defendiéndose, decia á los representantes:—«Salicetti, tú me conoces... Albitte, tú no me conoces, pero si debes conocer muy bien los ardides de la calumnia. Escuchad; volvedme al aprecio de los patriotas, y una hora después, si los hombres perversos quieren mi vida... ¡la tengo en tan poco! ¡La he despreciado en tantas ocasiones!»

Dióse una sentencia absolutoria. Entre los documentos que en aquellos años sirvieron para atestiguar la buena conducta de Napoleon se halla un certificado de Pozzo di Borgo. Bonaparte fue puesto provisionalmente en libertad; pero en este intervalo tuvo tiempo para quitársela al mundo entero.

Salicetti, el acusador, no tardó en unirse al acusado; pero Bonaparte nunca se fió de su antiguo enemigo. Algun tiempo después escribia al general Dumas: «Que permanezca en Nápoles (Salicetti); allí debe hallarse muy bien. Ha contenido á los fazzaroni: no lo extraño: les ha metido miedo: es aun peor que ellos. Tenga entendido que yo no tengo poder suficiente para defender del desprecio y de la indignacion pública á los miserables que han votado la muerte de Luis XVI (1).»

Bonaparte corrió á París. Se alojó en la calle del Mail, la misma en que yo paré al llegar de Bretaña con Mad. Rosa. Burienne se le reunió, así como tambien Murat, sospechoso de terrorista, habiendo abandonado su guarnicion de Abbeville. El gobierno trató de transformar á Napoleon en general de brigada de infantería, y quiso enviarle á la Vandée; este renunció semejante honor, pretextando que no queria cambiar de arma. El comité de salvacion pública entonces borró al renunciante de la lista de los oficiales generales en activo servicio. Uno de los firmantes de este

(1) Recuerdos del teniente general conde Dumas, t. III, p. 317.

acuerdo es Cambaceres, que llegó á ser el segundo personaje del imperio.

Napoleon, resentido de tantas persecuciones, pensó en emigrar; pero Volney se lo impidió. Si hubiese llevado á cabo su pensamiento, la corte fugitiva le hubiera olvidado; por otra parte no habia allí una corona de que apoderarse: hubiera yo tenido entonces un compañero ilustre, coloso derribado á mi lado en el destierro.

Abandonada la idea de la emigracion, Bonaparte se volvió hácia el Oriente, que congeniaba doblemente con él por su despotismo y por su esplendor. Ocupóse en redactar una memoria, ofreciendo su espada al Gran señor: la inaccion y la oscuridad eran mortales para él.—«Yo seria útil á mi país, decia, si pudiera hacer que el poder de los turcos fuese temido de la Europa.» El gobierno, segun dicen, no respondió á las palabras de un loco.

Engañado en sus diversos proyectos, creció el despecho de Napoleon: era poco accesible á la proteccion, y aceptaba mal los servicios que se le hacian, del mismo modo que se resentia por haber sido educado á costa de la munificencia real. Envidiaba á todos los que eran mas favorecidos que él por la fortuna: en el alma del hombre, para quien iban á agotarse los tesoros de las naciones; se podian sorprender los movimientos del odio que los comunistas y proletarios manifiestan hoy contra los ricos. Cuando se participa de los sufrimientos del pobre, se experimenta el sentimiento de la desigualdad social: así que se sube en coche se desprecia á los que van á pié. Bonaparte odiaba con especialidad á los *muscadins* y á los *incroyables*, elegantes fatuos de la época que llevaban el pelo peinado á la moda de las cabezas cortadas, y se complacia en amargar su dicha. Trabajó amistad con Batiste el mayor, é hizo conocimiento con Talma. La familia de Bonaparte profesaba mucha aficion al teatro, y la ociosidad condujo muchas veces á Napoleon á los espectáculos.

Cualesquiera que sean los esfuerzos de la democracia para regenerar sus costumbres por el grande objeto que se propone, sus hábitos relajan sus costumbres: tiene el triste sentimiento de esta impotencia. Creyendo hacerla olvidar, vertió en la revolucion torres de sangre: inútil remedio, porque no pudo acabar con todo, y al cabo se halló cara á cara con la insolencia de los cadáveres. La necesidad de tener que pasar por las cosas pequeñas da á la vida algo de comun; un pensamiento extraño es preciso expresarlo en un lenguaje vulgar; el genio se ve aprisionado en los estrechos límites de un dialecto lo mismo que en la aristocracia gastada los sentimientos innobles se ven encerrados en nobles palabras. Cuando se pretende excusar cierto lado débil de Napoleon con ejemplos sacados de la antigüedad, nos encontramos únicamente con el hijo de Agripina; y sin embargo, las legiones adoraron en el esposo de Octavia, y el imperio romano se estremecia en su recuerdo.

Bonaparte volvió á encontrarse en París con Mlle. de Fermont-Comnene, la que casó con Junot, á quien Napoleon conoció y con quien contrajo amistad en el Mediodía.

«En esta época de su vida, dice la duquesa de Abrantes, Napoleon era feo. Mas adelante se obró en él un cambio total. Prescindiendo del prestigio que le daba la aureola de su gloria; hablo tan solo del cambio físico que en él se verificó en el espacio de siete años. El que era descarnado, pálido y de un aspecto hasta enfermizo, se cubrió de carnes, mejor de color y se embelleció. Sus facciones angulosas y puntiagudas se redondearon; su mirada y su sonrisa no se alteraron, siendo siempre admirables: toda su persona sufrió un cambio. Su peinado, que hoy tanto nos choca en los grabados del paso del puente de Arcole, era entonces

muy sencillo, porque esos mismos *muscadins* que tanto le desagradaban tenían el pelo aun mas largo; pero su tez estaba tan amarilla en aquella época y luego cuidaba tan poco de su compostura, que sus cabellos, despreciados y mal empolvados, le daban un aspecto desagradable. Sus pequeñas manos han sufrido tambien una metamorfosis; en aquella época eran delgadas, largas y muy morenas. Sabido es hasta qué punto llegó después su vanidad por ellas, y con justa razon. En fin, cuando me represento á Napoleon entrando en 1793 en el patio del hotel de la *Tranquillité*, calle de las Filles-Saint-Thomas; atravesándole con un paso desgarbado é incierto; llevando un mal sombrero encajado hasta las cejas y dejando escapar sus orejas de perro mal empolvadas y cayendo sobre el cuello de aquella levita gris, que fue después una bandera tan gloriosa, al menos como el penacho blanco de Enrique IV; sin guantes, porque los creia un gasto inútil; con unas botas mal hechas y sucias, y con aquel conjunto desagradable, resultado de su delgadez y de su colorido; en fin, cuando evoco su recuerdo de aquella época, y lo miro después, no puedo ver en él al mismo hombre en estos dos retratos.»

JORNADAS DEL VENDIMIARIO.

No todo concluyó con la muerte de Robespierre; las cárceles no se abrian sino muy lentamente: la vispera del día en que el tribuno espirante fue conducido al patíbulo, fueron inmoladas ochenta victimas; ¡tan bien organizados se hallaban los asesinos! ¡Con tanto orden y obediencia procedia la muerte! Los dos verdugos Sanson fueron encausados; pero mas felices que Rouseau, ejecutor de Tarif con el duque de Mayenne, fueron perdonados; pero la sangre de Luis XVI los habia lavado.

Libres ya los acusados, no sabian en qué emplear su vida, ni los jacobinos desocupados en qué entretener su tiempo: de lo que nacieron los bailes y el echar de menos el terror. Solo línea á línea y con mucho trabajo se les hacia perder terreno á los convencionales para arrancarles la administracion de justicia: no querian ellos dejar escapar el crimen, temiendo perder el poder. Por fin fue abolido el tribunal revolucionario.

Andrés Dumont habia hecho la proposicion de que se persiguiese á los secuaces de Robespierre; la Convencion, arrastrada á su pesar, decretó, fundada en una comunicacion de Saladin, que habia lugar para poner presos á Barrere, Villaud de Varennes y á Collet de Herbois, los dos últimos amigos de Robespierre, y que sin embargo habian contribuido á su caída. Carrier, Fouquier-Tinville y José Lebon fueron tambien juzgados. Se descubrieron atentados y crímenes inauditos, y en especial los matrimonios republicanos y el haber sido ahogados en Nantes seiscientos niños. Las secciones, entre las que se hallaban divididos los guardias nacionales, acusaban á la Convencion de los males pasados, y temian verlos renacer. La sociedad de los jacobinos luchaba aun sin querer retroceder ante la muerte. Legendre, tan violento en otro tiempo, vuelto á la humanidad, habia entrado en el comité de seguridad pública. La noche misma del suplicio de Robespierre habia cerrado él la madriguera; pero ocho días después los jacobinos llegaron á restablecerse bajo el nombre de jacobinos regenerados, entre los que volvieron á aparecer las costureras. Freron publicaba su periódico resucitado. *El Orador del pueblo*, y sin dejar de aplaudir la caída de Robespierre, se hacia partido en la Convencion. El busto de Marat permanecia aun expuesto, y los diversos comités existian cambiados únicamente de formas.

Un frio riguroso, y un hambre cruel, unidos á los sufrimientos políticos, complicaban mas aun la cala-

mitosa situacion; recorrían las calles grupos de personas armadas, entre los que iban muchas mujeres gritando: ¡pan! ¡pan! Finalmente, el 20 de mayo de 1793 fueron forzadas las puertas de la Convencion, asesinado Peraud, y su cabeza colocada sobre la mesa del presidente. Citase con asombro la impassibilidad estóica de Boissy d'Anglas: desgraciado del que hubiera tratado de inculpar un acto de virtud.

Aquella vegetacion revolucionaria brotaba vigorosamente de la capa de escombros regados con sangre humana que le servia de base. Rossignol, Huchet, Grignon, Moisés Bayle, Amar, Choudieu, Heute, Granet, Leonardo Bourdon, todos los que se habian distinguido por sus excesos, se hallaban apostados entre las barreras; y entre tanto nuestro nombre se engrandecia por fuera. Cuando la opinion pública se levantaba contra los convencionalistas, nuestros triunfos en el extranjero acallaban los públicos clamores. Habia entonces dos Francias: una horrorosa en el interior, la otra admirable en el exterior; oponiase la gloria á nuestros crímenes, á la manera que Bonaparte la oponia á nuestras libertades. Siempre nosotros hemos encontrado un escollo en nuestras victorias.

Es digno de notarse el anacronismo que se comete atribuyendo nuestros triunfos á nuestros crímenes; aquellos fueron obtenidos antes y después del reinado del terror; por lo tanto este no entró por nada en la gloria en nuestras armas. Pero estos triunfos tuvieron un inconveniente; el de ceñir una aureola alrededor de las cabezas revolucionarias. Creyóse, sin examinar las fechas, que esta aureola les pertenecia, y la toma de Holanda y el paso del Rhin se creyeron ser conquistas del hacha y no de la espada. En medio de esta confusion, no se acertaba á hallar un medio por el que pudiese la Francia librarse de los obstáculos que, á pesar de la catástrofe de los primeros culpables, continuaban oponiéndose: y sin embargo, en ella se hallaba el libertador.

Bonaparte habia conservado la mayor y la peor parte de los amigos con que se habia relacionado en el Mediodía; lo mismo que él, estos amigos se habian refugiado en la capital. Salicetti, que siguió siendo muy influyente por medio de la fraternidad jacobina, se unió á Napoleon: Freron, deseando casarse con Paulina Bonaparte (la princesa Borghese), daba tambien su apoyo al joven general.

Extraño á las contiendas del foro y de la tribuna, Bonaparte se paseaba por las tardes en el Jardin de Plantas con Junot. Este le contaba su pasion hácia Paulina, y Napoleon le confiaba su inclinacion hácia Mad. de Beauharnais: la incubacion de los sucesos iba á dar á conocer á un grande hombre. Mad. de Beauharnais tenia amistad con Barras, y es muy probable que estas relaciones auxiliaron los recuerdos del comisario de la Convencion cuando tuvieron lugar las jornadas decisivas.

CONTINUACION.

La libertad de la prensa, momentáneamente restablecida, trabajaba en sentido liberal; como los demócratas no habian jamás apoyado esta libertad, que atacaba sus errores, la acusaban de realista. El abate Morellet y Laharpe publicaban folletos, á los que se unian los del español Marchena, sabio inmundo y aborto lleno de ingenio. Los jóvenes llevaban levitas grises con vueltas y con cuello negro, que eran reputadas como uniforme de los *chouans* (1). La reunion de la nueva legislatura era el pretexto para la reunion

(1) Dábase este nombre á los partidarios de la causa real no organizados en tropas regulares. Está tomado del de los cuatro hermanos Cottereau, contrabandistas, que se llamaron *chouans* por reunirse al grito del mochuelo (*chouette*), que se decian partidarios de Luis XVIII.